

2.º Domingo de Pascua A

Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común. A diario acudían al templo todos unidos, celebraban la fracción del pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón (Hch 2,44.46)



Primera lectura

Hechos de los Apóstoles 2,42-47

Los hermanos eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado por los muchos prodigios y signos que los apóstoles hacían en Jerusalén. Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. A diario acudían al templo todos unidos, celebraban la fracción del pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón; eran bien vistos de todo el pueblo y día tras día el Señor iba agregando al grupo los que se iban salvando.

Segunda lectura

1 Pedro 1,3-9

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, pura, imperecedera, que os está reservada en el cielo.

La fuerza de Dios os custodia en la fe para la salvación que aguarda a manifestarse en el momento final. Alegraos de ello, aunque de momento tengáis que sufrir un poco, en pruebas diversas: así la comprobación de vuestra fe – de más precio que el oro que, aunque perecedero, lo aquilatan a fuego – llegará a ser alabanza y gloria y honor cuando se manifieste Jesucristo nuestro Señor.

No habéis visto a Jesucristo, y lo amáis; no lo veis, y creéis en él; y os alegráis con un gozo inefable y transfigurado, alcanzando así la meta de vuestra fe: vuestra propia salvación.

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:
– Paz a vosotros.

Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: – Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: – Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos. Tomás, unos de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: – Hemos visto al Señor.

Pero él les contestó: – Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: – Paz a vosotros.

Luego dijo a Tomás: – Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Contestó Tomás: – ¡Señor mío y Dios mío!

Jesús le dijo: – ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos.

Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su Nombre.

Meditación

La resurrección es un acontecimiento estrictamente sobrenatural. Nada tiene de particular que no todos los discípulos estuviesen convencidos de ella. Juan nos ofrece un ejemplo concreto, el de Tomás, que se convierte en el paradigma del que exige pruebas evidentes para creer. ¿No es una paradoja? Al menos en el cuarto evangelio sí lo es.

Modelo de incredulidad y de fe. Es la confesión más adecuada de la fe, que encontramos en el cuarto evangelio: "Señor mío y Dios mío". El Antiguo Testamento reservaba estos dos títulos a Yahveh. En esta confesión de la fe que hace Tomás, el lector del evangelio comprenderá la peculiar relación de Jesús con el Padre. La confesión de fe de Tomás es la auténtica confesión de fe del creyente. Y los creyentes lo hacen sin las exigencias de pruebas evidentes. Por eso Jesús les declara bienaventurados.

Cristo, el Resucitado, está entre nosotros. Acompaña, con su poder, la marcha de la historia. El Señor está presente en la comunidad de los creyentes, en la Palabra de Dios, en el servicio fraternal, en el ministerio y en la Eucaristía. A veces nos falta sensibilidad para detectar esta presencia. Sólo los creyentes descubren al Resucitado. ¿Nos hemos dado cuenta de que está entre nosotros?

El evangelio, común a los tres ciclos, nos enseña que nuestra fe es de un orden distinto al del conocimiento sensible. No se apoya en evidencias ni demostraciones ("dichosos los que crean sin haber visto"). Pero debe ella misma manifestarse en obras y prestarse a la comprobación. Así actúa la primera comunidad. La descripción de los Hechos tiene, sin embargo, un carácter de ideal (no todos serán fieles a esa intercomunicación de bienes y la unidad se verá turbada por discrepancias). No debemos, pues, desanimarnos por los inevitables fallos, pero tampoco olvidar que caminamos hacia una "salvación que aguarda a manifestarse con plenitud en el momento final".